

IV.

El Comisario consultó los apuntes tomados sobre las declaraciones de Aurelia, y con tono naturalísimo, preguntó de pronto, dirigiéndose á Jerónimo:

—¿Á qué hora vino ayer el señor Morlain?

—¡Ayer! (replicó el portero con extrañeza.) No vino, señor....

—¿Está V. seguro?

—Al menos, yo no le vi....

Pero la portera hizo un movimiento como para hablar, y el agente de la policía se apresuró á preguntarle:



—¿Qué iba V. á decir?

—Pues iba á decir que....

—Siga V.

La portera, en vez de continuar respondiendo, prosiguió, dirigiéndose á su marido:

—¿No te acuerdas que anoche, á eso de las once, cuando acabábamos de acostarnos, oímos abrir la puerta?

—Sí, es verdad.

—¿Y que tú me dijiste: «¿Quién saldrá á estas horas, si todos los inquilinos están en casa ya?»; y yo te dije: «Míralo?»

—Sí; y yo fui á ver quién era....

—Y vió V.....

—No me fijé mucho.... porque estaba medio durmiendo.... Pero me acuerdo así, como si soñara, que el que salió era un hombre alto....

—¿Como el señor Morlain?

—Poco más ó menos....

—¿Y no se fijó V. en la cara?

—No, francamente, señor Comisario.

Pasó muy de prisa por delante de la vidriera...., y además llevaba levantado el cuello del gabán.

—¿Y le dejó V. marchar sin preguntarle de dónde salía?....

—Estaba, como he dicho, medio durmiendo....

—Después se durmió V. del todo, ¿no es eso?

—Es cierto. Y no me hubiera acordado siquiera de ninguno de estos detalles, si mi mujer no me los recuerda....

—No es poca suerte que ella tenga mejor memoria (concluyó el Comisario: y volviéndose hacia la portera, continuó): ¿No sabe V. á qué hora había entrado esa persona que salía á las once?

—No; no lo sé. No le vi entrar; de eso estoy segurísima.

—¿No salió V. de la portería en toda la noche?

—No, señor; ni mi marido tampoco.

—¿Y ven Vds. á todo el que entra y sale?

—Sin duda. Ponemos mucho cuidado, sobre todo por la noche. Si esa persona entró en la casa, fué por el día.

—¿No admite V. que entrara á las diez sin que Vds. lo notaran?

—Segurísimamente no. Es imposible.



El Comisario de policía llamó á uno de los agentes que le acompañaban, y le encargó que recorriese todas las habitaciones de la casa para enterarse de si algún inquilino había salido á las once de la noche anterior, ó había tenido alguna visita que saliera á aquella misma hora. Después despidió á los porteros, dejó en la antesala á Aurelia, y por sí mismo recorrió la casa de Laura Vivian, observando minuciosamente los menores detalles en todas las habitaciones. Cuando daba fin á este reconocimiento, volvió el agente encargado del otro, y le dió cuenta de él.

Los vecinos del principal habían pasado la velada en su casa, en compañía de dos amigos, marido y mujer, que salieron á las diez, cuando el portal estaba abierto y el gas encendido todavía. Un matrimonio joven, que habitaba el segundo piso, declaró que habían salido á las ocho para ir al teatro y volvieron á las doce y media, después de terminada la función. Los del piso cuarto no salieron ni habían recibido ninguna visita. Pero un tal Bertin, inquilino de una de las dos habitaciones del quinto piso, daba más detalles. Á las diez

y algunos minutos, muy poco después de apagado el gas, había salido, y aprovechando el momento en que abrió la puerta, una persona á quien no conocía había penetrado en la casa, sin tener por esta razón necesidad de llamar.

Esta declaración coincidía con la de los porteros. Estos sostenían no haber abierto la puerta ni haber visto á nadie entre diez y once; y, en efecto, así debió suceder, pues que el intruso aprovechó la salida de Bertin, y pudo cruzar el portal rápidamente sin ser notado.

—La última noticia es muy interesante (dijo el Comisario luego que el agente acabó de hablar). Ese testigo, Bertin... ¿no se llama así?

—Sí, señor Comisario....

—¿No dió más detalles?

—Creyó notar que el desconocido era alto y de buen aspecto; que traía un gabán gris, y que el cuello de éste, subido hasta mitad de la cara, hacía difícil reconocerle.

Estos antecedentes concordaban también con los suministrados por el portero acerca de la persona que vió salir á las once. Indudablemente, se trataba de la



misma que entró, según Bertin, á las diez y algunos minutos.

Todos los indicios hacían suponer que se trataba de un hombre que fué á visitar á la señora Vivian, pues que los otros inquilinos declaraban no haber recibido á nadie á aquellas horas, y este visitante nocturno era más que probablemente Pedro de Morlain.

—¿No se le ocurrió á V. preguntar á Bertin si conoce al señor Morlain?—dijo el Comisario.

—Sí, señor. No le conoce,—repuso el agente.

—¿Nunca le encontró en la escalera?

—Eso le pregunté, y me contestó que quizás haya sucedido; pero que no sabía su nombre, y, por consiguiente, era imposible que identificara la personalidad.

—¿Y luego se ha informado V. de los antecedentes de ese señor Bertin?

—También. Según los porteros, es una excelente persona, muy tranquila y muy arreglada en su manera de vivir.

—Sin embargo, sale de casa á las diez de la noche, hora en que las personas de vida muy tranquila y arreglada suelen reco-

gerse. ¿Hace mucho tiempo que vive aquí?

—Seis meses, sobre poco más ó menos.

—¿Y qué hace? ¿De qué se ocupa?

—De nada: vive de sus rentas.

Aquí llegaba de su interrogatorio el Comisario, cuando, sin más tiempo para edificarle ante el buen ejemplo de las costumbres de Bertin, vió entrar al Sustituto del Procurador de la República y al Juez instructor que la Audiencia, al tener conocimiento del crimen de la calle Blanche, designó para encargarse de incoar el proceso.



V.

— Reciba V. mi enhorabuena por su actividad é inteligencia (dijo el Juez de instrucción luego que el Comisario dió cuenta de sus pesquisas y de las declaraciones recibidas). No hubiera yo hecho más. Ahora, dígame lo que opina en este asunto. Sus impresiones de V. pueden serme utilísimas, y deseo conocerlas.

— Á mi juicio (replicó el Comisario), sin que esto sea más que una impresión reformable, el crimen se cometió á consecuencia de una quimera entre los dos amantes.



—Lo mismo creo. Y en tal caso, el asesino sólo pudo ser Pedro Morlain.

—La declaración de la doncella de la víctima y las otras que oí, tanto sobre los antecedentes del Morlain cuanto sobre su semejanza con el desconocido que estuvo, sin duda, en esta casa durante el tiempo en que se perpetró el crimen, condenan al amante de la señora Vivian. Además, otra circunstancia confirma esta presunción mía. He recorrido una por una todas las habitaciones y reconocido todos los muebles, incluso los de la alcoba, y en ninguno hay huellas de haber sido forzada la cerradura ó haberse intentado abrirlos. El robo no fué, pues, el móvil del asesinato. Si V. quiere convencerse por sí mismo, en el salón verá un mueblecito de estilo Luís XVI, uno de cuyos cajones está entreabierto, y que contiene varios billetes de cien francos y unas treinta monedas de oro.

—Sin embargo, ¿quién nos dice que ese mismo cajón no contenía una cantidad mucho mayor? (objetó el Sustituto.) Los criminales empedernidos acostumbran á discurrir cuando cometen un crimen, y bien pudiera suceder que para despistar á

la justicia se hubiesen dejado un poco de dinero en el lugar donde había tanto, que se juzgó digna suma para compensar el riesgo de cometer un asesinato.

—Es cierto (se apresuró á responder el Comisario.) Pero yo no me fundo sólo en el detalle de que haya dinero en un cajón, para sostener, ó, mejor dicho, sospechar que no fué el robo el móvil del crimen. Sirve para fortificar mi creencia, basada en otras razones. He aquí cómo reconstruyo la escena que, á mi juicio, precedió á la muerte de la señora Vivian. Entre los dos amantes se entabló una disputa: el uno amenaza, la otra insulta; el primero, lleno de ira, en el colmo del furor, siente ansia de herir; la fatalidad pone un puñal al alcance de su mano, sobre la chimenea, y, fuera de sí, hiere, y arroja después el arma.

—En efecto (dijo el Juez, consultando los papeles que contenían las declaraciones de los testigos). Declara Aurelia, y contesta, al preguntársele si reconoce el arma homicida: «Sí; reconozco ese puñal. Lo compró la señora el año pasado en Biarritz, y siempre estuvo sobre la chimenea del salón.»



— Ya ven Vds. No se trata de un asesinato. Fué un homicidio, sin premeditación, sin alevosía ni ensañamiento. No se trata de un asesino vulgar. No llevaba encima un arma. Usó de una que se le vino á la mano, que casi mejor que instrumento de muerte es un juguete incapáz de matar, como no sea por una gran desgracia de quien usó de él.

El Juez de instrucción recapacitó unos instantes, y acabó por decir:

— Sí; todo confirma nuestras primeras impresiones. Hay que interrogar al señor Morlain sin perder un momento.

— Tan de acuerdo estamos, señor Juez, que, si V. me lo permitiera, iría en su busca ahora mismo.

— Pues se lo permito con gusto. Véale V., y hágale hablar...

— ¿No prefiere V. interrogarle aquí?

— No; yendo á buscarle en nombre de la ley, tendría tiempo de prepararse. Prefiero que le sorprenda V. con sus acertadas preguntas, que sé de fijo darán excelentes resultados. Le conozco á V. bien; sus investigaciones suelen producir tan buenos efectos como una instrucción perfectamen-

te dirigida. En marcha, pues, y luego que haya obtenido respuestas que fijen su juicio de V., entonces que venga el presunto homicida. Si pusiera obstáculos para obedecerle, ahí van la citación en regla y el auto mandándole comparecer á mi presencia. Úselos V. según convenga. Mientras V. vuelve, interrogaré á la joven Aurelia, que acaso no lo dijo todo, y puede darnos gran luz en este interesante negocio.

El Comisario partió, y en pocos minutos se trasladó á la calle de Villiers, donde Morlain tenía su vivienda. Era ésta un *hotelito* de excelente apariencia.

Detúvose delante de la puerta el carruaje, bajó el enviado del Juez, llamó, y dijo al criado que salió á abrir, que necesitaba ver inmediatamente al dueño de la casa para comunicarle un encargo de suma importancia.

Un momento después Morlain escuchaba estas palabras:

— Caballero, traigo el encargo de desempeñar una difícil y penosa comisión. Se me ha rogado que le vea para decirle que una persona con la cual le unen á V. lazos muy estrechos, que le es muy cara, ó,

29759



mejor dicho, que lo fué, acaba de ser víctima de un funesto accidente.

—¿De quién se trata?

—De la señora Vivian.

—¡Ah! ¿Y qué le ha sucedido?....

El Comisario de policía se dispuso á dar el golpe, clavó sus pupilas investigadoras en los tranquilos ojos de Morlain, y de pronto dijo:

—¡Que se ha suicidado!....

—¡Dios mío!.... ¡Dios mío!.... — exclamó el joven, pálido y verdaderamente sorprendido.

—Si es una farsa (pensó el Comisario), está bien representada.

—¿Y cuándo ha sucedido eso? — añadió Morlain con gran interés.

—¡Ayer noche á las once!....

—¿Y cómo?

—De una puñalada en medio del corazón.

—¡Ah! ¡Pobre!.... ¡Pobre!.... ¿Pero está V. seguro de lo que dice? ¿Por qué viene V. á traerme esa mala nueva? ¿Quién es V.; porque yo no le conozco?

—Soy Comisario de policía. Fuí llamado para levantar el cadáver de la señora

Vivian, y como no tiene parientes, y V. pasaba por ser su amigo más íntimo, vine, como es natural, con la esperanza de saber los motivos que pudieron impulsar á esa desdichada para tomar tan extrema resolución.

—Pero yo ¿qué le podré decir?

—He aquí lo que me hizo esperar que pudiera ilustrarme V. sobre el particular.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



VI.

—El portero de la casa en que habitaba la señora Vivian, asegura que ayer le trajo á V. una carta suya (continuó el polizonte, fijándose muy atento en el efecto que sus palabras producían en Morlain), y yo supuse que quizás en ella haría alguna alusión á su desesperado proyecto....

—No, nada que pudiera hacerlo sospechar encerraba esa carta, que, en efecto, recibí ayer. Se limitaba la infeliz á rogarme que fuese á verla.... Aseguraba tener necesidad de hablarme.... Es cierto que el sentido



de sus frases resultaba violento; que revelaba cierta exaltación, pero de ningún modo me hizo pensar....

—¿Tendría V. inconveniente en dejarme ver esa carta?

—¿Por qué no?... (repuso Pedro Morlain. Pero de pronto se detuvo, como quien recuerda, y continuó luego): Es decir, con mucho gusto se la enseñaría á V., si la tuviera, porque ahora recuerdo que la desgarré pocos instantes después de recibirla.

—¿Y por qué hizo V. eso?

—¡Oh! Francamente lo confieso. V. debe ser discreto, dada su profesión, y me decido á ser sincero. Todos los días recibía cartas semejantes á esta última, no obstante mi deseo manifiesto de romper todo género de relaciones con aquella pobre mujer.... Impaciente, demasiado nervioso quizás, desgarré un papel que para mí era importuno en extremo....

—Sin embargo, en él sólo se pedía una simple visita....

—Es cierto; pero yo no quería hacerla. Estaba resuelto á romper con ella á todo trance. ¡Ah! ¡Si hubiera podido figurar-

me lo que iba á suceder, habría empleado otros medios menos radicales!... Hubiese transigido, con tal que....

—¿Es decir, que V. atribuye la muerte de la señora Vivian á la ruptura de las relaciones que sostenían Vds.?....

—Es lo primero que se me ocurrió.... lo confieso. Por más que pienso, no hallo otra razón más lógica....

—¿Cuándo la vió V. por última vez?

—¡Hace tres días, me parece!.... Sí, eso es; el viernes último. Le llevé cincuenta mil francos, para que en adelante no careciese de lo necesario para vivir, no obstante mi retirada.

—¡Ah! Le llevó V. una pequeña fortuna.... ¿Y sabe V. qué hizo de ella?

—Debió guardarla. En su casa se encontrará, porque le habrá faltado tiempo para colocarla. Quería emplearla en papel de ferrocarriles; pero como está muy alto, le aconsejé que esperase una baja. Las acciones hace tres días que siguen subiendo, y por eso creo que no debió salir de su casa el dinero.

La primera impresión del Comisario de policía iba desvaneciéndose á medida que



se engolfaba en la conversación aquella.

Dudaba ya si el homicidio habría sido cometido sin otro móvil que el robo. Este pensamiento surgió en su mente al oír que la víctima recibió una suma considerable tres días antes de la perpetración del crimen, é impresionado por la sencillez y la franqueza de Morlain, revelados en los menores detalles de su relato, pensaba: «¡No se representa una comedia con ese aplomo, á menos que el actor sea un bribón empedernido.... y este hombre no lo es, sin duda!...»

Pero un polizonte experto no renuncia fácilmente á sus primeras suposiciones. El Comisario recordó los antecedentes recogidos en la casa de la calle Blanche; le vinieron á la memoria las palabras del Juez instructor, que le había dicho: «Sea el que quiera el resultado de las investigaciones de V. y la opinión que en vista de ellas forme, haga V. venir al señor de Morlain, para que yo mismo le interrogue.» Por eso, considerando que la primera parte de su cometido había terminado, cambió el curso de la conversación.

—¿Tendría V. algún inconveniente en

acompañarme á la calle Blanche? — dijo.

—¡Cómo!.... ¡Quiere V.!.... — repuso el joven palideciendo.

—Sí, quiero que venga V. al lugar del suceso, porque su presencia en él puede ser muy útil á la justicia. Además, ¿no tiene V. deseo de ver por vez postrera á una pobre mujer á quien no amaba ya, pero que le amó suficientemente para no poder resistir su abandono y llegar al colmo de la locura?....

—Precisamente por eso me aterra la visita que V. me propone. Si la muerte hubiera sido á consecuencia de una enfermedad ó de un accidente, ya estaría junto al cuerpo de esa infeliz, que hoy no me inspiraba amor, pero que ayer fué totalmente dueña de mi cariño. Mas todo hace creer que yo fuí la causa de esa muerte, que la provoqué egoísta, y, lo confieso, me repugna ver un cadáver que me acusa, aunque yo sea inocente en absoluto.

Su voz era breve, nerviosa, y al terminar esta última frase, una lágrima se deslizó por las mejillas del atribulado joven. El Comisario se impresionó más aún de lo que estaba: halló naturalísima esta manera de sentir, y pensando al propio tiempo



que transcurrían las horas y el Juez le esperaba, dijo con acento dulce:

—Con una sola palabra voy á disipar sus remordimientos de V., señor Merlain. Temí en un principio que fuera el golpe demasiado violento, y por eso no le dije toda la verdad. Pero veo que me equivoqué; reconozco que es mucho menos doloroso para V. decirle con exactitud lo ocurrido, y quiero enmendar mi yerro.

—¿Cuál es, pues, la causa de ese terrible accidente?—interrumpió el joven, alzando la cabeza.

—Según todos los indicios, las afirmaciones de los vecinos y el dictamen facultativo, la señora Vivian no se ha suicidado....

—Entonces su muerte....

—Es debida á la mano infame de un criminal....

—¡Dios mío!.... ¡Dios mío!.... ¡Pobre mujer!.... ¡Entonces vamos, vamos volando! (exclamó Morlain con violencia.) ¡Quiero verla; quiero contribuir al esclarecimiento de la verdad para descubrir al asesino, y que un crimen tan brutal no quede impune!....

Así diciendo, se acercó á la chimenea, agitó la campanilla, y en cuanto apareció en la puerta el ayuda de cámara que le servía, prosiguió:

—Deme V. el sombrero y el gabán en seguida....

Y mientras era obedecido, paseándose con agitación, exclamaba:

—¿Pero por qué la habrán matado? ¡Para robarla, sin duda!.... ¡Ah! ¡Por qué en vez de llevarle aquel maldito dinero no lo coloqué por mí mismo á su nombre! ¡Entonces!.... ¡Miserable amor propio!.... ¡Mi afán por evitar toda relación con ella, ha sido casi la causa de su muerte!....

En esto entró el criado. Entregó á su amo el sombrero, y antes de darle el gabán, notó que el cuello estaba levantado y lo desplegó para bajárselo. El Comisario, que no perdía ni un solo detalle, observó este, y aún no había formado juicio concreto sobre él, cuando otro pequeño incidente vino á robustecer la importancia del primero. En el momento en que Morlain, dispuesto del todo, exclamó: «Señor Comisario, estoy á sus órdenes,» el criado le entregó un rollito de papel: